

Textos: Jn 19, 16-37; Lc 23, 33-49; Mc 15, 23-41; Mt 27, 32-56

Misterio de la Cruz: 1.- “¿Qué has hecho, amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡Y me has herido! Vine para que me enseñases a vivir, ¡y me haces loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo jamás sin ti! No solamente la cruz, sino la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amar. La cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados. Los brazos tienes tendidos para abrazarnos. Las manos agujereadas para darnos tus bienes. Los pies enclavados para esperarnos y para nunca separarte de nosotros. Mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo. Y sobre todo el amor interno que da voces, que te ame y nunca te olvide mi corazón. ¿Cómo me olvidaré de ti? (...) La causa por la que el Hijo nos ama, es porque se lo mandó el Padre; y la causa por la que el Padre nos favorece, es porque se lo pide y se lo merece el Hijo... Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó, y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú el corazón y la voluntad del Padre, resulta me ames a mí porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus tristezas y pasiones procede mi perdón y mi salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque ansí se obre mi salud! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿Quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado?” (SAN JUAN DE ÁVILA).

2.- “Hay mucho que ahondar en Cristo crucificado, en el cual moran todos los tesoros y sabiduría escondidos. Y nadie puede entrar ni llega a ellos, si no pasa primero por la estrechura del padecer interior y exterior. Pues, aun a lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y recibido muchas mercedes de Dios” (SAN JUAN DE LA CRUZ).

Hoy estarás conmigo en el paraíso: 3.- “Pero a las burlas no se unen los dos crucificados con Él. Uno de ellos intuye el misterio de Jesús. (...) El buen ladrón ha entendido precisamente en la cruz que este hombre sin poder alguno es el verdadero rey; Aquel que Israel estaba esperando, y junto al cual no quiere estar solamente ahora en la cruz, sino también en la gloria. La respuesta de Jesús va más allá de la petición. En lugar de un futuro indeterminado habla de un *hoy*: “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*” (23,43). También estas palabras están llenas de misterio, pero nos enseñan ciertamente una cosa: Jesús sabía que entraba directamente en comunión con el Padre, que podía prometer el paraíso ya para *hoy*. Sabía que reconduciría al hombre al paraíso del cual había sido privado: a esa comunión con Dios en la cual reside la verdadera salvación del hombre. Así, en la historia de la espiritualidad cristiana, el buen ladrón se ha convertido en la imagen de la esperanza, en la certeza consoladora de que la misericordia de Dios puede llegarnos también en el último instante; la certeza de que, incluso después de una vida equivocada, la plegaria que invoca su bondad no es vana” (BENEDICTO XVI).

Padre perdónales porque no saben lo que hacen: 4.- “La Cruz es una gran escuela de contemplación, oración y perdón. Necesitamos aprender a mantenernos en pie y en silencio al pie de la Cruz, contemplando al crucificado con la Virgen María. La Cruz es una montaña que hay que escalar, en cuya cima, se nos concede mirar a los hombres y al mundo con los ojos de Dios. Ante ofensas graves que parecen imperdonables, el acto de fe mueve al hombre a contemplar el misterio del calvario. Entonces es capaz de ver en el hecho de la Pasión de Jesús la mayor ofensa posible, pero también el lugar del mayor perdón. En el silencio de su corazón, escucha la oración de Jesús, tan difícil de traducir en obras concretas sin ayuda de la gracia divina: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (CARDENAL SARAH).

He aquí a tu hijo, he aquí a tu madre: 5.- “Al oír la Virgen aquel *Mujer, he ahí a tu hijo*, en el instante supremo de la humana redención, estaba en amarga soledad. Bastó sin embargo oírlo para sentirse otra y abrazar con amor de Madre a los nuevos hijos que Jesús le encomendaba. La Virgen entendió de golpe el misterio; no de substitución, sino de adición o dilatación. Madre de Cristo hasta entonces, Madre también-desde ahora-de su Iglesia. La palabra del Hijo moribundo caía sobre ella, con inmenso cariño: como si, asegurada con ella la suerte de sus discípulos, pudiera morir tranquilo. Asegura Cristo con la maternidad de nuestra Señora la fundación de una familia ajena al odio. Terminará lo horrible del Calvario, y comenzará lo dulce. Allá donde muere Jesús, nace la Iglesia. El grano muere y se multiplica. Dolores de parto acompañan a su rompimiento. La misma que sufre, custodia el bien de la nueva familia” (PADRE ANTONIO ORBE).

Padre, por qué me has abandonado: 6.- “El grito lanzado por Jesús moribundo en la Cruz expresa toda la desolación del Mesías, Hijo de Dios, que está afrontando el drama de la muerte, una realidad totalmente contrapuesta al Señor de la vida. (...) Jesús está bajo el peso aplastante de una misión que debe pasar por la humillación y la aniquilación. No es un grito cualquiera de abandono. Jesús recita el gran salmo del Israel afligido y asume de este modo en sí todo el tormento, no sólo de Israel, sino de todos los hombres que sufren en este mundo por el ocultamiento de Dios. Lleva ante el corazón de Dios mismo el grito de angustia del mundo atormentado por la ausencia de Dios. Asume en sí su clamor, su tormento, todo su desamparo y, con ello, al mismo tiempo lo transforma (...)El sufrimiento de Jesús es un sufrir en comunión con nosotros, por nosotros; un ser-con que proviene del amor, y lleva consigo así la redención, la victoria del amor” (BENEDICTO XVI).

Tengo Sed: 7.- “Jesús tuvo sed porque también Él experimentó el anhelo más profundo del corazón humano: la sed de Dios, hasta el punto de apresurarse a tomar sobre sí la sed de todos. Y nos ha mostrado en su propia vida que la sed más profunda del corazón humano es sed de hacer la voluntad de Dios, en definitiva, sed de Dios. Esta sed, sin duda, estaba presente en el grito de la cruz: *Tengo sed*” (SAN AMBROSIO).

Todo está cumplido: 8.- “No solamente viviendo padeció por ti. Aun después de muerto padeció la mayor de sus heridas. Y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y entiendas por aquí cómo cuando dijo al tiempo de expirar “acabado es”, acabaron sus dolores, no acabó su amor: “Jesucristo- dice San Pablo- ayer fue, y hoy es también, y será en todos los siglos”. Cual fue en este mundo mientras vivió para los que le querían, tal es ahora y será por siempre para los que le buscaren y amaren” (SAN JUAN DE ÁVILA).

Padre en tus manos encomiendo mi espíritu: 9.- “La oración de Jesús, en este momento de sufrimiento, “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”, es un fuerte grito de extrema y total confianza en Dios. Esta oración expresa el pleno conocimiento de no ser abandonado. (...) De principio a fin, lo que determina por completo el sentir de Jesús, su palabra y su acción, es su relación única con el Padre. En la cruz Él vive plenamente, en el amor, esta relación filial con Dios, que anima su oración. (...) Estas palabras son una oración de “entrega”, llena de confianza en el amor de Dios. La oración de Jesús antes de su muerte es trágica, como lo es para cada hombre, pero al mismo tiempo, está impregnada por aquella profunda calma que viene de la confianza en el Padre y del deseo de entregarse totalmente a Él. (...) Ahora, que la vida está por dejarlo, sella en la oración su decisión final: Jesús permitió ser entregado “en manos de los hombres”, pero es en las manos del Padre donde pone su espíritu. Jesús, en el momento extremo de la muerte se entrega totalmente en las manos de Dios Padre, nos da la certeza de que, mientras más duras sean las pruebas, difíciles los problemas y pesado el sufrimiento, no caeremos nunca fuera de las manos de Dios, esas manos que nos crearon, nos sostienen y nos acompañan en el camino de la vida, porque están conducidas por un amor infinito y fiel” (BENEDICTO XVI).

PREGUNTAS:1.- Las cruces de la vida nos recuerdan que somos barro y polvo. ¿Eres capaz de ver cómo es ahí cuando el Espíritu de Dios se mezcla con nuestro barro en una indisoluble unión para recrearte de nuevo y hacerte mejor? 2.- ¿Has pensado que la mirada de misericordia y amor infinito con la que Jesús miró al buen ladrón es la misma con la que te mira a ti, a pesar de tu pecado? 3.- ¿Eres capaz de recibir su perdón con gratuidad o te fustigas pensando que no tienes derecho a su perdón, olvidándote de su misericordia infinita? 4.- ¿Tomas a María (a los pies de la Cruz) como ejemplo de silencio, de fe, de aceptación y de espera en el Señor? 5.- ¿Eres capaz de ver cómo en situaciones de gran debilidad, en situaciones en las que el hombre está acabado, es cuando Dios puede sacar más fruto? 6.- ¿Por qué buscas saciarte con las cosas de fuera, la fama, el poder o lo material, cuando tu sed infinita se apaga sólo con el Infinito? 7.- Ante la Palabra “Todo está cumplido” ¿Sabes que Jesús transformaba tu muerte en Vida y tu pobreza en Riqueza, pudiendo ya participar de la Gloria del Padre? 8.- Ante los reveses de la vida, ¿eres capaz de abandonarte de verdad, sin agitarte ante los problemas, dejando a Dios el cuidado de todas tus cosas y confiando sin desesperar?